

- ¿Á usted, qué le parece
que debo hacer? (Á Gonzalo.)
GONZ. (Poniendo el sobre de la carta.)
 Compararlo.
MERC. ¡Pocos tan ricos se ven!
DOL. (Con indiferencia,) ¿Sí?...
 (Gonzalo llama con el timbre.)
MERC. ¡Cómo me va á sentar!...
 ¡Y sobre todo el collar!
 (Aparece Juan en la puerta del fondo. Gonzalo le
 entrega la carta y le dice en voz baja.)
GONZ. (Á D. Cándido.
JUAN. Está bien.) (Sale por el fondo.)
GONZ. Conque adios. ¡Hasta después,
 Mercedes!
MERC. ¡Que no esperemos
 mucho!
DOL. Adios.
GONZ. No tardaremos.
MERC. Adios, querido Marqués
 (Sale Gonzalo por el foro derecha.)

ESCENA VI.

DOLORES y MERCEDES.

- MERC. Si no fuese tan segura
 mi amistad, querida mía,
 te juro que sentiría
 envidia por tu ventura.
DOL. ¡Envidia de mí... ¿Por qué?
MERC. Por los goces de tu alma.
 Por esta dichosa calma
 que yo nunca disfruté.
DOL. ¿Lo crees?
MERC. Y con motivo.
 Sí; feliz debes llamarte
 y bien pudiera enviarti
 yo que sin ventura vivo,
 agena á todo interés,
 olvidada por un hombre
 que supo darme su nombre

- y robármelo después;
y que no hallo en rededor
de mi existencia presente,
más que olvido indiferente,
¡y soledad y rencor
y angustia! ¡El triste legado
de infortunios que nos dejan
los recuerdos que se alejan
con las dichas del pasado!
DOL. ¡Abandono, soledad,
 y desprecio y amargura...
 ¡qué terrible desventura
 y qué aciaga realidad! (Con angustia.)
 ¿Pero eso es cierto?
MERC. Seguro;
 y al cabo llega un momento
 en que todo sentimiento,
 el más noble y el más puro,
 cede el puesto á otra pasión
 que en el alma arraiga y crece!...
 ¡Al odio!... Odio que ennegrece!...
 ¡que tortura el corazón!
 ¡que envidia la paz agena!...
DOL. ¿Qué dices? (Con espanto.)
MERC. Yo también, sí,
 tengo odio... ¡pero no á tí!
 Á tí, ¿por qué?; eres tan buena,
 que en la dicha que atesoras
 pretendo encontrar la mía.
DOL. ¡Mi dicha! (Con acento de angustia.)
MERC. ¿Dónde hallaría
 otra mejor?...
 (Fijándose en Dolores que se enjuga los ojos con un
 pañuelo.)
 ¿Pero lloras?...
 ¿qué motiva tus enojos?
 ¿No eres feliz?
DOL. Lo soy tanto...
 ¡que brota deshecha en llanto
 la ventura por mis ojos!
 ¡Ay de mí!
MERC. Vamos, no llorés

- y ten calma. Ya te escucho.
¿Por qué sufres?
- DOL. Porque lucho
con infinitos dolores.
Reposo, felicidad,
el amor de mi marido...
¡todo! ¡todo lo he perdido!
- MERC. ¿Todo? (Con ansiedad)
- DOL. ¡Sí!
- MERC. ¿Pero es verdad?
(La actriz dará á esta frase la entonación que juzgue
más adecuada al papel que representa.)
- DOL. ¡Verdad, sí!
- MERC. Nunca pensé
que él...
- DOL. ¡De abandonarme trata!
¡Alguién su fé me arrebató!
- MERC. ¿Y tú sabes?...
- DOL. Nada sé,
y de todo desconfío.
- MERC. Deja que á pensar me atreva
que sin prueba...
- DOL. ¡Qué más prueba
que mi llanto y su desvío!
- MERC. Una duda no es bastante
para perder el reposo
del alma, y aunque tu esposo
siempre tuvo de inconstante
mucho, si hoy no has encontrado
causa para tus desvelos,
no has de poner tus recelos
en los hechos del pasado.
- DOL. ¡El pasado!
- MERC. ¿Quién no lleva
en su recuerdo escondida
alguna ilusión querida?
¡Nadie existe que se atreva
á negarlo! Tú también
conservarás la memoria
de aquella inocente historia...
de aquél no logrado bien
que perdiste.

- DOL. (Con dignidad.) ¡Lo perdí!
¡Pero antes supe arrancarlo
de mi pecho, y olvidarlo,
cuando á Gonzalo me uní!
- MERC. Lo sé, y sé que tu existencia
y la suya se fundieron,
y al hacerlo obedecieron,
á lo que la conveniencia
de vuestros padres forjó.
¿Supiste?...
- DOL. Que abandonabas
el colegio, y te casabas.
¡Entonces me casé yo!
Pero también he sabido
que al verte Gonzalo allí,
cifró su esperanza en tí
y que siempre te ha querido.
(Ademán negativo de Dolores.)
No es que excusarle pretenda
del dolor que tu alma siente;
pero nada hay al presente
que le acuse ó que te ofenda,
y no es razón que por nada
sufras y te preocupes,
y sin motivo, te ocupes
en hacerte desgraciada.
- DOL. ¡Sí! ¡Con él voy á perder
mi ilusión más venturosa!
En lucha tan espantosa,
¿qué hacer, Mercedes, qué hacer?
- MERC. Si es cierto lo que supones,
si le amas y quieres traerle
contigo, para vencerle
de un solo medio dispones.
¡Un medio!... ¿Cuál?... ¡Pronto! ¡Dime!
Defenderte, no llorar
y, á ser posible, luchar
con las armas que él esgrime.
- DOL. ¡Cómol (Sorprendida.)
Si de sus locuras
quieres el vuelo rendir,
debes hacerle sufrir

con tus propias amarguras
Fustígame sin piedad,
y finge que de él te alejas.

DOL. (Con severidad y energía.)
¡Qué, Mercedes! ¡Me aconsejas
que pierda mi dignidad?

MERC. Dolores...

DOL. ¡Sella tu lábio!
¡Torpe anduviste en decirlo!
¡Suponer que iba á admitirlo,
más que torpeza, fué agravio!
¡Yo, ni en apariencia, infiel
á mi deber! Si eso hiciera...
sólo por hacerlo. fuera
tan culpable como es él!
Si me aparta de su amor
y á sus caprichos me inmola,
sabré defenderme sola
enfrente de mi dolor.
¡Sea él de su culpa juez!
Yo, en mi angustia y en mi duelo,
tendré al menos un consuelo:
¡el de mi propia honradez!

MERC. Yo no pretendía...

DOL. No:
¡te engañabas! ¡Ni se humillan,
ni su dignidad mancillan
las mujeres como yo!
Si su esperanza se trunca,
saben llorar y sufrir,
y si es preciso morir;
¡pero deshonrarse, nunca!

ESCENA VII.

DOLORES, MERCEDES y LUIS.

MERC. Tú, que mi amistad no ignoras,
no debiste imaginar...

LUIS. (Dentro.) No es necesario avisar.
(Aparece Luis en la puerta del fondo y saluda
desde ella á Mercedes y Dolores.)
Felices días, señoras.

(Dolores después de saludar con la cabeza á Luis,
hace un gesto desdenoso.)

MERC. ¡Tu primo! (Bajo á Dolores.)

LUIS. ¡Siempre el desprecio!

MERC. ¡El hombre de mejor porte
y el más nécio de la corte!

DOL. ¡Y tan malo como nécio.)

LUIS. ¡Qué hermosa está!... Y el Marqués...)

—Dolores... ¿También Mercedes

aquí?...—¿Cómo están ustedes

desde anoche?—¡Qué tiple! ¡Es

de lo mejor que se ha oído

en Madrid! ¡Y cómo canta!

¡Qué afinación! ¡Qué garganta!...

Pero ¿y Gonzalo? (Á Dolores.)

DOL. Ha salido;

mas pronto debe volver.

LUIS. Lo siento, porque me urgía

verle al instante. Quería

que me diese parecer

y ayuda para ultimar

cierto negocio: un asunto

que he de resolver al punto,

y no le puedo esperar.

¿Tanto importa?

MERC. Sí.

LUIS. Sí.

MERC. (Con tono de burla.) ¿De veras?

¿Y no será indiscreción

preguntar?...

LUIS. La adquisición

de un caballo de carreras.

¡Un magnífico alazan,

fino, corredor, valiente!

¡En fin, un potro excelente!

¡Dos como él no se hallarán!

Has de verle vencedor (Á Dolores.)

en las próximas carreras.

Digo, á no ser que prefieras

igual que el año anterior,

de todo el mundo ocultar

tu peregrina hermosura,

robándole la ventura

de poderla contemplar.
En vano te lo rogué
y me ofrecí á acompañarte;
que tú, obstinada en negarte,
no aceptaste.

DOL. No acepté,
porque encontrándose fuera
de la corte mi marido,
si al lado tuyo hubiese ido
á que la gente me viera
en su ausencia divertirme,
pudiera ser mal juzgada
yo, que sin él no hago nada,
ni tengo afán de exhibirme.

LUIS. ¡Igual siempre! ¡Ni me escucha
ni me tiene compasión!
¡Pero yo hallaré ocasión
de vencer en esta lucha!
(Se levanta en actitud de despedida.)
Adios.

MERC. ¿No aguarda el consejo
de Gonzalo?

LUIS. ¿Qué he de hacer?...
No me puedo detener
un instante!
(Luis pronuncia estas palabras algo retirado de
Mercedes y Dolores.)

MERC. (Á Dolores.) Yo te dejo.
(Bajo á Dolores.)
(El pobre está enamorado
de tí!)

DOL. (Bajo.) ¡Mercedes!...
MERC. (Id.) Repara
que se le nota en la cara.
(¡De mirarte está embobado!)
(Alto.) Adios. Si pones en dudas
la amistad que te profeso,
que me disculpe este beso.

(Se separa de Dolores. Luis se acerca á ésta, y lo
dice por lo bajo, mientras Mercedes se detiene
frente á uno de los espejes que hay á ambos lados
de la puerta del fondo.)

LUIS. ¡Vamos! ¡El beso de Júdas! (Bajo á Dolores.)

DOL. ¿Qué dices? (Id. sorprendida)

LUIS. Con él lo igualo;

que lo mismo representa,
si es cierto lo que se cuenta
de Mercedes y Gonzalo.

DOL. ¿Qué se cuenta? (Con ansiedad.)

LUIS. ¡Lo imposible!

¡Un engaño! ¡una locura!...

¡Pero la gente murmura!

(Separándose de Dolores y dirigiéndose hacia el
fondo.)

DOL. ¡Aguarda!

LUIS. (Ahora no es posible.

¡Ella espera!)

(Se dirige hacia el sitio donde está Mercedes.)

MERC. (Á Luis.) ¿Vamos?

LUIS. Sí.

MERC. Hasta después. (Á Dolores.)

LUIS. (Ya he logrado

mi objeto! ¡El golpe está dado
en firme!)

(Sale con Mercedes por el fondo.)

ESCENA VIII.

DOLORES.

¿Qué es lo que oí?

¿Qué frases de maldición

deslizaron en mi oído,

que al oírlas he sentido

romperse mi corazón?

¿Tan espantosa maldad

puede ser cierta?... ¡Mentira!

¡Calumnial ¡Ese hombre delira!

—¿Pero y si fuese verdad?...

¡Ay!... no quisiera creerlo,

y sin embargo, la duda

á mi cerebro se anuda! (Breve pausa.)

—¡Yo necesito saberlo
todo, aunque mire perdida

con la certeza mi suerte!
¡Cuando es segura la muerte,
no importa ensanchar lo herida!

(Sale por la primera puerta lateral de la derecha.
Al salir Dolores, entra Juan, y se detiene en la
puerta del fondo.)

ESCENA IX.

PABLO, GONZALO y JUAN.

GONZ. (Á Pablo, acercándose seguido por éste á la puerta del fondo.)

Es mi alegría mayor,
porque al cabo he conseguido
verte á mi lado.

(Á Juan.) (¿Has cumplido
con mi encargo?

Sí, señor.

JUAN

GONZ. ¿Y la carta?

JUAN. La entregué.

GONZ. ¿Y qué dijo?

JUAN. Que vendría,
y que esta noche lo haría.

GONZ. Está bien; retírate.) (Sale Juan por el fondo.)

ESCENA X.

PABLO y GONZALO.

GONZ. Esta es mi casa, y aquí
tu gusto debes hacer.
De ella puedes disponer,
como dispones de mí,
con entera libertad,
que en ella estás amparado
por el derecho sagrado
de nuestra franca amistad.

PABLO. No en balde de ella te fias
y en su persistencia crees,
pues hoy mi amistad posees
como antes la poseías;
que no destruye la ausencia

gratos recuerdos, que son
latidos del corazón
precisos á la existencia.

GONZ. Gracias, Pablo.

PABLO. No me des
gracias. ¿Á qué las ofreces
si eres tú quien las mereces
por tu afecto; si después
de haber vivido ignorado
tanto tiempo, sin hallar
ni más compañero que el mar
ni más gloria que el pasado,
cuando doy la vuelta al centro
de mis afectos queridos,
los hallo rotos, huidos,
y en tí nada más encuentro
vivos los antiguos lazos,
y tú me vienes á dar
la ventura de estrechar
á un amigo entre mis brazos?

GONZ. Cinco años ya, sin saber
de tí nada, han transcurrido.

PABLO. ¡Es tan hermoso el olvido
á veces!

GONZ. ¿Llegaste ayer?

PABLO. Sí.

GONZ. Pues me haces doble honor
con habérmelo avisado.

PABLO. ¿Conque casado?

GONZ. Casado.

PABLO. ¡La honradez en el amor!
¡La felicidad!

GONZ. (Con ironía.) ¿Lo crees?

PABLO. ¿Cómo no, si al poseer
el amor de una mujer
pura, todo lo posees?
¡Dichoso quien tanto alcanza!
¡Cuando el alma va perdida
en las luchas de la vida,
esa es la sola esperanza,
el único bien que resta!
¡El placer nada merece!

Es tan poco lo que ofrece
y tanto lo que nos cuesta,
que no valen sus candentes
goces, su fuego abrasado,
lo que vale el beso honrado
de unos labios inocentes.
Este es calma é ilusión;
aquel mentira ó afrenta:
hay que ganarlo por venta
ó robarlo por traición.
¡El comprado, satisface
un momento; luego hastía!
El robado, es la sombría
fiebre que el honor deshace;
y es humana insensatez
querer forjar la ventura
con suspiros de amargura
y girones de honradez.
¡Eso es infame!

GONZ. (En son de burla.) Si así
juzgas siempre, y de ese modo
quieres proceder en todo...
¡desventurado de tí!
¿Tienes por infamia acaso
sucesos que se están viendo
siempre; que están ocurriendo
en el mundo á cada paso?
PABLO. ¿Tú los defiendes?

GONZ. Tal vez.
Y si entre nosotros vives
y á las gentes no recibes
sin patentes de honradez,
tu fe podrá conservarse...
pero tu mano extendida,
no va á encontrar en la vida
otra mano en que apoyarse!
PABLO. ¡Ni tampoco la quisiera!
¡Qué á ser tu dicho verdad,
tendría la soledad
por la mejor compañera
que puede el hombre tener!
—Pero te engañas, Gonzalo.

GONZ. ¿Yo?

PABLO. ¡No es el mundo tan malo
como tú lo quieres ver!
En él hay hombres de honor,
de dignidad y energía
que huyen de la hipocresía;
que no ceden al favor;
que atraviesan la existencia
sin sonrojos en la tez,
y que no tienen más juez
que la voz de su conciencia.
¡Ley que á todos hace iguales!
¡Que sabe disimular
faltas! Pero perdonar
por conveniencias sociales
los crímenes... ¡eso, no!
¡Ante el crimen no se cede!
Así es como el bien procede:

GONZ. ¡así es como pienso yo!
¡Siempre igual! ¡Sin transigir
en el camino emprendido!
PABLO. ¿Qué quieres?... ¡Así he nacido,
y así quisiera morir!

GONZ. Y así has venido á formar
tu extraña filosofía,
con lo que yo llamaría
los espejismos del mar.
—En la movible extensión
de ese agitado elemento,
se dilata el pensamiento
y se agranda el corazón,
porque tienen más anchura,
más espacio y libertad:
Abajo la inmensidad,
y el infinito en la altura.
En el mundo hay que ceder
y amoldarse á otras ideas.
¡Por riguroso que seas
también habrás de caer
convulso y desalentado
en este social abismo!
¡Todos caemos! ¡Yo mismo

apenas si soy honrado!
PABLO. ¿Qué dices? (Sorprendido.)
GONZ. Que yo también
sufro el embate creciente
de esta invencible corriente
que nos separa del bien.
Sí, Pablo; en toda ocasión
tu amistad tiene derecho
para sondear mi pecho.
Dentro de mi corazón
existen luchas sombrías,
y si llegases al fondo
de su repliegue más hondo,
lleno de espanto verías
una imagen que triunfar
de mi deber ha logrado;
que me atrae, y me ha robado
de mi esposa y de mi hogar.
PABLO. ¡Otra mujer!
GONZ. En quien miro
puestas mis venturas hoy.
PABLO. ¡Gonzalo!...
GONZ. ¡Su esclavo soy!
PABLO. ¿Y en destruir esos lazos
no confías?
GONZ. No lo espero,
porque me hallo prisionero
en el cerco de sus brazos!
¡Fué mi primer amor!
¡el que siempre encuentra abrigo
en el alma!—¡Á qué te digo
nada, cuando tú mejor
que yo sabes lo que puede
ese fantasma divino
que empuja nuestro destino
y á ningún impulso ceder!
¿Olvidas tú á una mujer
cuyo nombre me ocultaste,
y de la que te apartaste
y á la que no has vuelto á ver?
PABLO. ¡Verdad es! ¡tienes razón!

no di su amor al olvido...
¿ni cómo?... ¡pero he sabido
guardarlo en mi corazón!
¡Del hondo mar aprendí
á vencerme y á luchar;
al cabo pude lograr
salir triunfante! .. ¡Vencí!
venci confundiendo á solas
en aquella inmensa calma,
las amarguras de mi alma
y el amargor de las olas.
Que en el mar y en la existencia
se limita todo anhelo:
al mar lo limita el cielo!
¡al deseo la conciencial
Yo...
GONZ. Yo...
PABLO. No seas tan demente
que tu porvenir descuides,
y por un deseo olvides
á una mujer inocente;
que si se encuentra ofendida
sin razón y sin derecho,
puede llevarla el despecho
á dar muerte por herida.
GONZ. ¿Qué dices?... Si eso ocurriera...
si ella ultrajase mi honor...
¡Entonces!...
PABLO. Fuera mejor
que el tuyo no se torciera;
que es ley torpe é insensata
la que ultraja, y se promete
que la víctima respete
al verdugo que la mata.
(Gonzalo se aparta de Pablo y se dirige á la segunda puerta lateral derecha.)
¿Por qué á tal extremo llegas,
Gonzalo?
GONZ. Vienen allí.
(Señalando á la primera puerta derecha.)
PABLO. ¿Cuando procedes así,
no ves que á todo te entregas?
¡Aun es tiempo!

(Pablo se detiene un instante como si vacilara, luego dice:)

PABLO. (Mirar perdido mi anhelo,
y no tener ni el consuelo
de contemplarla dichosa!)

(Se adelanta á Dolores en actitud de ofrecerle el brazo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración del acto primero. La puerta que comunica con el despacho de Gonzalo, segunda de la izquierda, estará cerrada al comenzar el acto.

ESCENA PRIMERA.

LUIS y JUAN.

LUIS. ¿Y el marqués?

JUAN. Hace un momento
le ví entrar en su despacho.

LUIS. ¿Está sólo?

JUAN. No, señor.

LUIS. ¿Quién le acompaña?

JUAN. Don Cándido.

Vino con unos papeles;
me preguntó por el amo,
salió éste: hablaron muy quedo,
y allá dentro se encerraron.

(Señalando la segunda puerta de la izquierda.)

LUIS. (El pagaré.) ¿Y la señora?

JUAN. Pues también sola en su cuarto
muy afligida y muy triste.

LUIS. ¿Triste? (Con interés.)

JUAN. Desde que ha llegado
á esta casa ese marino,
no pone tregua á su llanto.